

À LA CULTURA POR LA LECTURA: LAS BIBLIOTECAS POPULARES

Ángel Mato Díaz, Comisario de la Exposición

En la tradicional celebración del Día del Libro fue inaugurada en Oviedo la Exposición **Las bibliotecas populares en Asturias** (1869-1936), destinada a recuperar la trayectoria cultural de unas instituciones que, desde Asturias, contribuyeron activamente a la modernización general, al regeneracionismo cultural y a la popularización lectora en uno de los períodos más ricos de la historia cultural de España, el de la Edad de Plata de nuestras letras. La exposición se presenta bajo el subtítulo de «A la cultura por la lectura», frase con la que se quiere resumir el interés por la cultura que se suscitó en Asturias entre las clases populares a principios del siglo xx. Durante este período, el libro se convirtió en un elemento clave de la comunicación escrita, en un vehículo portador de nuevas ideas y de conocimientos, pero, además, el libro adquirió una nueva dimensión como práctica lúdica, ya que se promovió la lectura individual sobre nuevos géneros abiertos a todos los públicos: la novela de creación, la novela de evasión, la poesía y el teatro. Para acercar el libro a los nuevos lectores era necesario establecer centros específicos con fondos adaptados a sus gustos y con servicio de préstamo o circulante, en sustitución del tradicional servicio de consulta. Esta función la cubrieron las denominadas bibliotecas populares. También coincide esta exposición sirva con el centenario de la Biblioteca Popular Circulante del Ateneo Obrero de Gijón, sin duda la entidad más importante en el establecimiento y promoción de la cultura popular en nuestra región en toda la historia contemporánea.

La generalización de estas nuevas prácticas lectoras en Asturias se realizó dentro de los ateneos y sociedades culturales y recreativas, que convirtieron la lectura en la más significativa de sus numerosas actividades, al lado de las clases para adultos, de las conferencias sobre temas de actualidad, de las veladas artísticas y musicales o de las prácticas deportivas. Hemos llegado a localizar más de 300 sociedades de estas

características (reseñadas en el Catálogo de la Exposición) que dispusieron de biblioteca propia, con sistema de préstamo la inmensa mayoría y con variados fondos bibliográficos que se adaptaban claramente al gusto de los lectores y las lectoras. Destaca la inigualable del Ateneo Obrero de Gijón que por el volumen de sus fondos (más de 15.000), de sus socios (más de 2.400) y de sus préstamos (más de 56.000 en 1930) ha de ser catalogada como una de las más importantes en el ámbito nacional. A su lado sobresale también la actividad de otras instituciones similares en Gijón (sucursales), la Biblioteca de Avilés con más de 6.000 volúmenes que cubrían todos los temas del momento, la del Ateneo Popular de Oviedo con un gran equipo directivo, dirigido por Prieto Bances, y las de las cuencas mineras (La Felguera, Sama, Sotondio, Mieres, Turón, Ujo). Fuera de la Asturias urbana hay que reseñar dos iniciativas singulares que lograron grandes éxitos lectores entre la población minera de Carbayín (La Biblioteca Urania de Saús) y entre el campesinado del occidente astur (La Biblioteca Popular Circulante de Castropol).

Este movimiento bibliotecario asturiano resulta sólo comparable al desarrollado en Cataluña en las mismas décadas, segunda y tercera del siglo xx, y bajo la dirección de Eugenio D'Ors, pero con una sensible diferencia: la difusión de las bibliotecas populares en Cataluña se realizó como labor institucional desde la Generalitat, que financió la iniciativa y que desarrolló un proyecto profesional de redes bibliotecarias comarcales, mientras que en Asturias la labor institucional es inapreciable (se limita a contadas subvenciones municipales o de la Diputación) y las iniciativas partieron de sectores empresariales reformistas, de la intelectualidad universitaria y de la buena acogida entre la clase obrera. Quede claro que, cuando hablamos del movimiento bibliotecario asturiano hacemos referencia a un hecho insólito en España, como es la puesta

en marcha de una red de cientos de bibliotecas, que se extiende sin una planificación previa, que se financia con las aportaciones de un pequeño grupo de socios protectores o con las cuotas de miles de socios lectores y que se dinamiza en toda la región gracias a un inusitado interés por todo tipo de manifestación cultural, con participación de todas las clases sociales.

En consecuencia, podemos hablar de un movimiento bibliotecario asturiano que hunde sus raíces en las altas tasas de alfabetización regional y que fue impulsado, sobre todo, por una pujante burguesía reformista, comerciante e industrial, deseosa de transmitir a todas las clases sociales los frutos de la formación y de la cultura. En esta tarea destacan los republicanos gijoneses que impulsaron en 1881 el Ateneo, la impresionante labor propagandística de los catedráticos de la Extensión Universitaria de nuestra Universidad (R. Altamira, Clarín, A. Buylla, A. Sela, F. Canella) y la decidida orientación cultural de los regeneracionistas asturianos, organizados en torno al Partido Reformista de Melquíades Álvarez o formando entusiastas grupos de estudiantes de la madrileña Institución Libre de Enseñanza. Ahora bien, la difusión cultural lectora no hubiera adquirido tan considerable volumen sin contar con la receptividad de amplios sectores de la población con perfiles sociológicos muy variados. Los miles de lectores de las bibliotecas asturianas procedían tanto de la clase media urbana como de los trabajadores asalariados de la industria, de la minería y del comercio. Las lecturas se practicaban tanto en los barrios industriales y en las villas mineras como en las aldeas rurales por parte de los obreros manuales, de los empleados cualificados y de los campesinos pequeños propietarios. Pero, quizás, donde la voracidad lectora resulta más sorprendente es entre los jóvenes y los niños, sectores recién alfabetizados, y, sobre todo, entre las mujeres jóvenes, que se convirtieron en las grandes demandantes de lecturas literarias.

Los contenidos de esta Exposición pretenden recoger todas las iniciativas lectoras de la época y realzar los materiales más relevantes: catálogos por secciones o por autores, apéndices de los mismos, fichas de registro de préstamo, libros de registro, decálogos de orientación al lector, marcalibros de época, reglamentos de funcionamiento interno de las bibliotecas, facturas de compra de libros y ejemplares de los libros más leídos en las bibliotecas asturianas entre 1926 y 1933, según las memorias y estadísticas existentes que también se exhiben. A tal fin, se han seleccionado los libros atendiendo a su valor testimonial, como ejemplares utilizados y usados masivamente, obviando otros aspectos como la antigüedad de la edición o la buena conservación del ejemplar. Es por ello que, deliberadamente, abundan los tomos encuadernados en piel o en cartón,



práctica común en la época y a la que se destinaba una parte importante de los ingresos de las bibliotecas. Hay muchos ejemplares manoseados y hasta deshojados, indicios de un uso masivo de los mismos. En otros casos, exponemos ejemplares singulares, muy valorados y apreciados por haber sido dedicados por sus autores a nuestras bibliotecas más señeras, como es el caso de las dedicatorias de R. Altamira, Blasco Ibáñez, Ortega y Gasset o Pérez de Ayala a la Biblioteca del Ateneo Obrero de Gijón, o los de Francisco Cossío, Pío Baroja, Alejandro Lerroux, etc., a la Biblioteca Popular Circulante de Castropol.

Se pretende con esta exposición difundir el activo papel de las bibliotecas populares en la difusión de la cultura durante la Restauración y la República, y aportar algunas líneas de trabajo en la investigación sobre la tradición lectora de nuestra región. Así, por ejemplo, se puede precisar que los Ateneos Obreros más significativos, por ejemplo el de Gijón, no estaban concebidos como meros centros obreros, a pesar de su denominación, sino como sociedades interclasistas, promovidas por la burguesía reformista para la formación de los obreros manuales a finales del siglo XIX que, desde la segunda década del XX, derivaron en sociedades muy abiertas con participación masiva de las clases medias y de sectores intelectuales, dedicados a la promoción de todo tipo de actividades culturales, incluso elitistas (fotografía, pintura, gimnasia, excursionismo, montañismo, ajedrez). En estos centros, la biblioteca circulante era la actividad permanente más requerida y utilizada por unos socios que pagaban una onerosa cuota mensual. Respecto a las lecturas dominantes, esta Exposición sorprenderá, sin duda, a los que

establecen una correlación estricta y rígida entre bibliotecas populares y lecturas obreras, entendidas como las lecturas realizadas por los trabajadores manuales en sus escasos períodos de ocio sobre sesudos volúmenes del pensamiento filosófico y político contemporáneo o sobre manuales técnicos. Así pudo ser el público lector a finales del siglo XIX o a principios del siglo XX, pero su evolución posterior generó importantes novedades en las prácticas lectoras que han llegado a la actualidad, sobre todo por la incorporación de los públicos femenino, infantil y juvenil, tal como reflejan las estadísticas de préstamos de los años veinte y treinta con miles de lectores y de lectoras pertenecientes a estos segmentos de población. Pero no sólo las estadísticas reflejan esta nueva realidad, ya que una visión sociológica de las fotos expuestas refuerza ese protagonismo femenino, evidente en los grupos de mujeres lectoras que frecuentaban la Sala de Lecturas del Ateneo Obrero de Gijón o que esperaban la retirada de libros ante el kiosko de la Biblioteca Municipal de Salas. A partir de la tercera década del siglo XX, si consideramos estadísticamente la actividad bibliotecaria asturiana en los ateneos obreros y en las sociedades culturales, más que hablar de lectores obreros y de literatura política (tal como criticaban los medios periodísticos conservadores) hemos de hablar de lectoras femeninas y de literatura de evasión, cuando no de pura novela galante o rosa, ya que, en conjunto, a este género correspondían gran parte de los fondos regis-

trados en los catálogos y de los préstamos de los servicios circulantes.

También puede ser útil contrastar los numerosos legados de libros conservados de esta época con confusas afirmaciones (me refiero a la *Historia universal de la destrucción de libros* de F. Báez) que gustan de sobredimensionar los episodios de intolerancia en contra del saber escrito, en este caso de los libros. Sin citar ningún tipo de fuentes sólidas, en este trabajo reciente se reseña la destrucción de 257 bibliotecas populares asturianas en la represión posterior a la Revolución de 1934, hecho que carece de toda veracidad. Sin duda, la cultura asturiana y española sufrió una importantísima pérdida en esta insurrección izquierdista de 1934, como fue la destrucción y el incendio de la Biblioteca Provincial Universitaria y de la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Oviedo que contenían más de 60.000 obras, algunas de gran valor bibliográfico, entre las que se contaban los legados de Campomanes, los Condes de Toreno, Canga Argüelles, Flórez Estrada, Agustín Argüelles, Alejandro Mon o Julio Somoza, libros que configuraban el mejor fondo asturiano existente. Quizás para contrarrestar algunas falsedades y significativos olvidos convendría dedicar posteriores exposiciones del Día del Libro a analizar el establecimiento a partir de 1937 de la red de bibliotecas públicas en Asturias, y del Centro Coordinador, y la masiva integración en las mismas de los fondos de las bibliotecas populares de ateneos y sociedades.

